

de los cuales acababan de llegar de Berbería.

Por otra parte Vallisneri, que disecó dos, no halló en su interior ni lombrices, ni insectos, ni otro ningun parásito: así que ninguno de esta suerte de animales apetece al parecer la carne del avestruz, antes bien la evitan y aun temen, si ya no es que tenga esta en sí misma alguna calidad contraria á su multiplicacion, ó bien que se quiera atribuir este efecto, á lo menos por lo que hace al interior, á la fuerza de su estómago y demás órganos digestivos; por cuanto es muy celebrado el avestruz tocante á este particular. Todavía hay quien esté persuadido de que digiere el hierro con la misma facilidad que las demás aves digieren los granos de cebada; y algunos autores aun no dudaron afirmar que efectuaba lo propio con el hierro hecho ascua: pero por lo que respecta á esta última asercion, se me permitirá sin duda pasarla por alto, supuesto que me parece mas que suficiente resolver segun los hechos en que sentido pueda decirse que el avestruz digiere el hierro en frio.

Es muy positivo que estos animales se alimentan principalmente de sustancias vegetales; que tienen la molleja provista de músculos muy fuertes, como todos los granívoros (1), y que

(1) Aunque el avestruz sea realmente omnívoro,

á menudo tragan (1) pedazos de hierro, cobre, piedras, vidrio, madera y cuanto se les presenta: tampoco negaré que puedan haber tragado algunas veces algun pedazo de hierro hecho ascua, como fuese en pequeña cantidad, pero jamás impunemente á mi entender; supuesto que engullen indistintamente, segun parece, todo cuanto encuentran, hasta que sus enormes estómagos estén enteramente llenos, y que la necesidad de lastrarlos con el suficiente volumen de materia constituye una de las principales causas de su voracidad. En los individuos disecados por Warren y por Ramby estaban de tal suerte rellenos y dilatados los ventriculos, que desde luego dudaron aquellos anatómicos que los referidos animales hubiesen podido nunca digerir

parece no obstante que debe colocarse entre los granívoros, supuesto que en los desiertos se sustenta de dátiles y otros frutos ó sustancias vegetales, y que en las casas de fieras se les cria con las mismas materias. Por otra parte, dice Estrabon, lib. VI, que los cazadores le ponen grano por cebo cuando quieren atraerle al lazo que le tendieron.

(1) Digo á menudo, pues Alberto asegura positivamente que nunca pudo hacer tragar hierro á los avestruces, aunque devoraban con ansia los huesos mas duros y hasta piedras.

tan grande cantidad de alimento; y Ramby añade además que las materias contenidas en los ventriculos solo habían sufrido al parecer una ligera alteración. Vallisnieri encontró asimismo el primer ventriculo enteramente lleno de yerbas, frutas, legumbres, nueces, cuerdas, piedras, vidrio, cobre amarillo y rojo, hierro, estaño, plomo y madera; y habia entre ellos un pedazo que seria el que habria tragado últimamente, pues se hallaba encima, el cual pesaba cerca de una libra: y por último, los señores de la Academia aseguran que los ventriculos de los ocho avestruces que observaron, estaban todos atestados de heno, yerbas, cebada, habas, huesos, monedas, cobre y guijarros, hasta del tamaño de un huevo. Así pues, el avestruz acumula toda suerte de materiales en sus estómagos, en razon á su capacidad y por la precision en que se halla de llenarlos; y como digiere con facilidad y prontitud, es fácil de comprender el motivo de su hambre insaciable.

Pero, por mas que lo sea, siempre podrá preguntárseme, no la causa de consumir tanto alimento, sino el porque traga unas materias que de ningun modo pueden nutrirle, y si causarle tal vez mucho daño; á lo cual debo contestar que todo depende de faltarle el sentido del gusto, sentido de que carecen enteramente, y con tanta

mas verosimilitud, quanto que habiéndose examinado su lengua por hábiles anatómicos, les pareció desprovista de todas aquellas papilas sensibles y nerviosas en las cuales se cree no sin fundamento que reside la sensacion del gusto. Fuera de esto, me parece aun que deben de tener muy obtuso el sentido del olfato; por quanto es este el que mas les sirve á los animales para la eleccion de sustancias alimenticias, mientras que el avestruz carece de discernimiento hasta el extremo de tragar no solo el hierro, los pedernales y el vidrio, sino tambien el cobre, á pesar de su mal olor; y Vallisnieri vió uno que murió de resultas de haber devorado gran cantidad de cal viva. Las gallináceas y otros granívoros que no tienen los órganos del gusto muy sensibles, tragan, es verdad, algunas piedrecitas que toman probablemente por semillas cuando se hallan mezcladas con ellas; pero si se les presenta solamente una cantidad determinada de piedrecitas, se morirán de hambre antes que engullir una sola, y con mucha mas razon se guardarian de tocar á la cal viva. Así pues, de todo esto puede concluirse á mi entender que el avestruz es una de las aves cuyos sentidos del gusto, del olfato, y aun del tacto en las partes internas de la boca, se hallan mas embotados y obtusos; par-

particularidad ciertamente por la cual se aleja mucho de la naturaleza de los cuadrúpedos.

Pero por último, ¿á qué vienen á parar las sustancias duras, refractarias y nocivas que traga el avestruz sin eleccion y con el solo fin de hartarse? ¿Qué se hace del cobre, del vidrio y del hierro? Acerca de esto hay varias opiniones, y cada uno cita distintos hechos en apoyo de la suya. Perrault, que encontró setenta monedas de cobre en el estómago de uno de estos animales, notó que la mayor parte estaban gastadas y consumidas casi en las tres cuartas partes; lo que juzgó procedía mas bien del mutuo roce consigo mismas y con los pedernales, que de la accion que hubiese podido ejercer algun ácido, supuesto que algunas de ellas bastante gibosas estaban muy gastadas por la parte convexa, como que era la única que pudo haberse rozado, al paso que se conservaban intactas en el lado cóncavo; concluyendo de esto que la disolucion de las materias alimenticias no se verifica en las aves solamente por medio de espíritus sutiles y penetrantes, sino tambien por la accion orgánica del ventrículo que comprime y tritura sin cesar los alimentos con los cuerpos duros que degluten por instinto: y como todas las materias contenidas en aquel estómago se hallaban teñidas de verde, concluyó tambien que la

disolucion del cobre se habia efectuado allí, no por un disolvente particular ni por via de digestion, sino de la misma suerte que se haria siempre que se triturara el metal con yerbas ó con cualquiera liquido ácido ó salino. Añade además el referido autor que lejos de constituirse el cobre en sustancia capaz de alimentar dentro el estómago del avestruz, obraba por lo contrario como veneno, y que todos los que deglutian mucho perecian infaliblemente á poco rato.

Pero Vallisnieri cree por otra parte que el avestruz digiere los cuerpos duros, con especialidad por medio del activo disolvente de su estómago que los ataca y disuelve, sin escluir por esto la accion de los choques y frotaciones que pueden contribuir á aumentar la primaria y principal. He aquí las pruebas en que se funda:

1^a. Los pedazos de madera, de hierro ó de vidrio que permanecieron algun tiempo en los ventrículos del avestruz, no son lisos y lustrosos, como debieran serlo si se hubiesen gastado por medio de la frotacion; sino escabrosos, rayados y aeribillados, conforme deben estarlo en la suposicion de que hayan sido corroidos por un disolvente energético.

2^a. Este disolvente reduce los cuerpos mas duros á partículas impalpables que pueden dis-

tinguirse con el microscopio y aun con la sola vista, de la misma suerte que las yerbas, semillas y huesos.

3^a. Al examinar el estómago de un avestruz halló el referido autor un clavo introducido en una de sus paredes, atravesando toda la cavidad, de suerte que las paredes opuestas no podían aproximarse ni comprimir por lo tanto las materias contenidas en ellas, segun se verifica en su estado normal: á pesar de esto, las sustancias alimenticias se hallaban en el mismo grado de disolucion dentro de ese ventrículo, que en el otro no atravesado por ningun clavo; de lo cual se deduce cuando menos que la digestion no se efectua en el avestruz por la sola trituracion.

4^a. En otra ocasion vió que un dedal de cobre hallado en el estómago de un capon, estaba solamente corroido por el lado que tocaba á la molleja, y que se hallaba por consiguiente menos espuesto á los choques de los demás cuerpos duros: prueba evidente de que la disolucion de los metales en el estómago de los capones tiene lugar mas bien por la accion de un disolvente, cualquiera que sea, que en fuerza de los choques y frotaciones; y claro está que esta consecuencia abraza por si misma los avestruces.

5^a. Asimismo tuvo lugar de ver una moneda

corroida en términos de que solo aparecia como una lámina sutil y muy delgada, del peso de tres granos.

6^a. Esprimiendo las glándulas del primer estómago se saca un líquido viscoso, amarillento é insípido, el cual imprime sin embargo una mancha oscura en el hierro con mucha prontitud.

7^a. Por último, la actividad de estos líquidos, la fuerza de los músculos de la molleja, y el color negro de que están teñidos los excrementos de los avestruces que deglutieron hierro, así como en las personas que hacen uso de los marciales ó ferruginosos y los digieren bien; todo viene en apoyo de los hechos precedentes, y autoriza las conjeturas de Vallisnieri, no para asegurar que los avestruces lo digieren, alimentándose de él, así como diversos insectos ó reptiles se alimentan de tierra ó de piedras, pero sí que las piedras, los metales, y sobre todo el hierro disuelto por el jugo de las glándulas, sirven como absorbentes para atemperar los fermentos demasiado activos del estómago, pudiendo mezclarse con las sustancias verdaderamente alimenticias, á la manera de útiles elementos de asimilacion, sazonarlas y aumentar la fuerza de los sólidos, tanto mas, quanto que el hierro forma parte constitutiva de los seres vivientes, se-

gunes sabido, y se volatiliza y adquiere por decirlo así, cierta tendencia á la vegetacion y á revestirse de formas análogas á las de las plantas, siempre que se halla debidamente atenuado por los ácidos propios al efecto, segun se echa de ver en el árbol de Marte (1): y este es real y efectivamente el único sentido conforme á la razon en que pueda decirse que el avestruz digiere el hierro.

Mas aun cuando su estómago estuviese dotado de una energía tal que fuese capaz de digerirlo con todo el rigor de la espresion; no obstante, solo por un error muy ridiculo pudiera habersele atribuido la calidad medicamentosa que quiso suponerse poseia su molleja, y la virtud de ayudar á la digestion, supuesto que no se puede negar que es en sí misma un cuerpo absolutamente indigesto: sin embargo, tal es la estravagancia del humano espíritu, que no bien

(1) *Memorias de la Academia de las ciencias.* años de 1705, 1706 y siguientes. Vallisnieri, tom. I, pág. 242; quien confirma todavía su parecer con las observaciones de Santorini acerca de unas monedas y clavos que se encontraron en el estómago de un avestruz que habia disecado en Venecia, y por los experimentos de la Academia del cimento sobre la digestion de las aves.

algun objeto raro y singular llama su atencion, cuando se complace en figurárselo todavía mas singular de lo que es, atribuyéndole gratuitamente propiedades quiméricas y aun absurdas las mas de las veces. De ahí es el haberse querido suponer que las piedras mas trasparentes que se hallan en los ventriculos del avestruz tenian asimismo la propiedad de facilitar la digestion con solo llevarlas pendiente del cuello; que la túnica interna de su molleja era útil para dar nuevo vigor á un temperamento debilitado é inspirar el amor; que su hígado gozaba de la facultad de curar el mal caduco; su sangre tenia la de restablecer la vista; y la cáscara de sus huevos, reducida á polvo, aliviaba los dolores de la gota y del mal de piedra, etc. Vallisnieri tuvo repetidas ocasiones de patentizar la falsedad de la mayor parte de estas pretendidas virtudes; y sus experimentos son tanto mas decisivos, quanto que se verificaron en sugetos sumamente crédulos y preocupados.

El avestruz es una ave propia y peculiar del Africa, así como de las islas cercanas á su continente y de los puntos confinantes de Asia: y cierto que aquellas regiones en cuyo suelo reconocen su pais natal el camello, el rinoceronte, el elefante y otros varios animales corpulentos, debian ser tambien la patria de una ave

que es entre las demas lo que el elefante entre los cuadrúpedos. Hállanse muchísimos en las montañas situadas al sudoeste de Alejandria, segun el Dr. Pococke: cierto misionero dice que tambien se les encuentra en Goa, aunque mucho menos sin comparacion que en Arabia; y Filostrato asegura todavía que Apolonio los encontró hasta mas allá del Ganges, lo que sin embargo debió sin duda ser en los tiempos remotos, cuando estaban aquellos países mucho menos poblados que en el dia. Así es que los viajeros modernos no han visto allí mas avestruces que aquellos que se llevaron de otras partes (1); y todos están acordes en que apenas suelen separarse mas allá de 35 grados de latitud por ambas partes de la línea: mas como el avestruz carece de la facultad de volar, se halla por lo mismo en igual caso que todos los cuadrúpedos originarios de los parajes meridionales del antiguo continente, sin que pueda haberse trasferido al nuevo; y he aquí la razon

(1) Segun Therenot (tom. II, pág. 200) se guardan avestruces en las casas de fieras del Rey de Persia, de lo cual se puede inferir que son raros en el país. En el camino de Hispahan á Schiraz se trajeron cuatro avestruces á la hospedería, segun dice Gemelli Carreri, tom. II, página 238.

porque no se encuentra esta especie en América, bien que se haya dado su nombre al tuyú, ave que se le parece en cuanto no puede volar y presenta otras varias relaciones de semejanza, pero que pertenece á una especie totalmente distinta, segun veremos luego en su historia. Por otro tanto no se le ha encontrado jamás en Europa, donde sin embargo no le hubieran faltado climas favorables para su propagacion y sustento en la Morea ó hácia el mediodia de España y de Italia; mas para trasladarse á esas comarcas hubiera sido preciso atravesar los mares que le separaban de las mismas, cosa que le era totalmente imposible, ó bien dar la vuelta, subiendo hasta 50 grados de latitud, para volver por el Norte, atravesando varias regiones muy pobladas: obstáculo mas insuperable todavía relativamente á la emigracion de un animal cuya familia solo puede progresar en países cálidos y en los desiertos.

Así es efectivamente que los avestruces habitan con preferencia en los parajes mas solitarios y mas áridos, en donde casi nunca llueve (1);

(1) Todos los viajeros y naturalistas están acordes acerca de este punto. G. Warren es el único que haya hecho del avestruz una ave acnática, siendo el animal mas antiacuático que existe: es verdad que con-

de lo cual se deduce ser verdad que jamás beben, según cuentan los Arabes, y en aquellos desiertos se reúnen formando numerosas bandadas que desde lejos parecen escuadrones de caballería; de suerte, que no pocas veces pusieron en alarma á las caravanas. Es verdad que su vida debe de ser algo dura en tan vastas y estériles soledades, pero gozan en ellas la libertad y el amor; y á semejante precio ¿cuál es el páramo que no se convierte en un paraíso de delicias? He aquí porque huyen del hombre para gozar de estos bienes inestimables en el seno de la naturaleza: sí, huidle... mas en vano; que el hombre sabe el provecho que puede sa-

fiesa buenamente que no sabe nadar, pero tiene grandes zancas y largo cuello, y puede por consiguiente andar en el agua y cojer en ella su presa. De otra parte se ha notado que su cabeza tenía mucha semejanza con la del ganso, y ya no se necesita mas para probar que el avestruz es una ave de río. (Véanse las *Transact. philos.* n.º. 394.) Habiendo otro autor oído decir que en Abisinia se hallaban avestruces tamaños como un asno, y teniendo noticia además de que tenían el cuello y las patas de cuadrúpedo, concluyó desde luego y escribió que tenían el cuello y los pies como el asno (Suidas): tal vez no hay asunto en la historia natural que haya dado márgen á tantos absurdos como el avestruz.

car de vosotros: él os buscará en vuestros silvestres asilos por mas lejanos y escondidos que sean, porque se mantiene de vuestros huevos, de vuestra sangre, de vuestra grasa, de vuestra carne; se adorna con vuestras plumas, y conserva tal vez la esperanza de subyugaros enteramente, contándoos en el número de sus esclavos. Son muchas las ventajas que le ofrece vuestra especie para que jamás pueda considerarse segura en los desiertos.

Pueblos enteros han merecido el nombre de *struthophagos* (comedores de avestruces) por el uso que hacian de la carne del avestruz; y esos pueblos eran vecinos de los *cephantophagos* (comedores de elefantes), cuya comida no era mas delicada. Apicio prescribe, y con mucha razon, una salsa algo estimulante para ese manjar, de lo que se deduce cuando menos que estaba ya en uso entre los Romanos; pero tenemos además otra prueba de ello en el convite del emperador Heliogábalo, quien hizo servir los sesos de seiscientos avestruces en una sola comida. Sabido es que aquel emperador tenía el raro capricho de no comer cada día mas que de un solo manjar, como faisanes, cerdos, pollos, etc., en cuyo número entraria tambien el avestruz, aunque guisado sin duda con la salsa del famoso Apicio. Aun hoy día los habitantes de la Libia,

Numidia, etc. los crían en sus casas, comen de su carne y venden las plumas; mas á pesar de esto, ningun perro ni gato quiso oler siquiera la carne del avestruz que Vallisnieri habia disecado, sin embargo de que estaba todavía fresca y encarnada. Es verdad que estaba sumamente flaco, y no sabemos además si era viejo: ello es, por otra parte, que Leon Africauo, quien habia comido la carne de estas aves en su mismo pais, refiere que no solian comerse sino cuando tiernos, y aun despues de bien cebados; y el rabino David Kimbi añade que eran preferidas las hembras; de suerte que tal vez castrándolos se hubiera hecho con ellos un plato regular.

Cadamosto y otros viajeros que probaron los huevos de avestruz dicen haberlos hallado de sabor agradable. De-Brue y Le-Maire aseguran que en uno solo hay comida para ocho personas; y otros que su peso equivale á treinta huevos de gallina, lo que dista mucho todavía de quince libras. Con su cáscara se hacen una suerte de copas que se van despues endureciendo, y adquieren cierta semejanza con el marfil.

Cuando los Arabes matan un avestruz le abren desde luego la garganta, y atando la incision un poco mas abajo, lo toman entre cuatro ó cinco, lo menean, lo revuelven por todos lados, sobándolo con fuerza de la misma suerte

que se practica para hinchar los pellejos y lavarlos; y desatando en seguida la ligadura, sale por el agujero una cantidad considerable de *manteca*, cuya consistencia viene á ser como de aceite cuajado, en términos que se sacan á veces veinte ó mas libras de un solo animal. Esta manteca no es otra cosa que su sangre mezclada, no con la carne, conforme se ha querido suponer, respecto de que no la tiene absolutamente ni en el vientre ni en el pecho; sino con aquella especie de grasa que forma una capa de muchas pulgadas sobre los intestinos de los avestruces que están gordos, segun tenemos ya referido; los habitantes del pais afirman que es muy buena para comer, pero que suele causar diarrea.

Los Etiopes desuellan estas aves, y venden sus pieles á los mercaderes de Alejandria, con cuyo cuero, respecto de ser muy recio (1), se hacian en otro tiempo los Arabes cierta especie de gabanes que les servian de coraza y de broquel; y Belon dice haber visto gran cantidad de ellas

(1) Cuando Schwenkfeld quiere suponer que naturaleza le vistió al avestruz de un cuero tan recio para preservarle del rigor del frio, sin duda debió de echar en olvido que aquella ave habita solamente en los paises cálidos.

con todas sus plumas en las tiendas de aquella ciudad. Las prolongadas y blancas plumas de su cola y alas han sido tenidas siempre en mucho precio; y los antiguos las empleaban como adorno y distintivo militar desde que se abandonaron los plumajes de cisne, por cuanto siempre tuvieron las aves el privilegio de regalar con una parte de sus atavíos y galas, no menos á las naciones civilizadas, que á las incultas y salvajes. Aldrovando nos dice que se ven todavía en Roma dos estatuas antiguas, una de Minerva y otra de Pirro, cuyos cascos están adornados de plumas de avestruz; y es muy probable que sucediese lo mismo con respecto á los capacetes de los soldados romanos de que habla Polibio, cuyo penacho consistía en tres plumas negras ó eucarnadas de un codo de alto, que es precisamente la longitud de las grandes plumas del avestruz. Sin ir tan lejos, aun hoy día entre los Turcos el genizaro que se distingue con alguna hazaña militar, tiene el derecho de decorar su turbante con estas plumas; y la Sultana en su serrallo, aspirando á victorias mas tiernas y agradables, las admite con gusto en su tocado. En el reino de Congo se mezclan estas plumas con las de pavo real para formar insignias militares; y las damas de Inglaterra y de Italia hacen con ellas una especie de abanicos; siendo muy

sabido además el prodigioso consumo que se hace en Europa de las mismas para sombreros, cascos, trages de teatro, muebles y doseles para las ceremonias fúnebres, y aun para adorno de las mugeres, en cuyo caso, especialmente, es preciso confesar que producen muy buen efecto, ya sea por sus colores naturales ó artificiales, ó ya por su movimiento undulatorio y gracioso: en este concepto, pues, no debe ignorarse que las plumas mas apreciadas son aquellas que se arrancan al animal cuando vivo, lo cual puede conocerse si da el cañon un humor sanguinolento apretándolo con los dedos: por cuanto las que se arrancan despues de muerta el ave son secas, ligeras y están sujetas á apoliharse.

Segun el testimonio comun de los viajeros, se domestican los avestruces con facilidad, especialmente cuando jóvenes; infiriéndose de ahí que si bien su especie es habitante del desierto, no por esto son los individuos tan ariscos é indomables como nos pudiéramos figurar. Los moradores de Dara, los de la Libia, etc. crian manadas de estas aves, y de ellas sacan sin duda las plumas de primera calidad, que solo pueden hallarse en los avestruces vivos: ni aun se necesita el mayor cuidado para domesticarlos, supuesto que les basta el solo hábito de ver á

los hombres, y de recibir de ellos la manutención y buen trato. Brue compró dos en Serripata en la costa de Africa, y al llegar al fuerte de San Luis los halló ya domesticados.

Mas no solamente se les domestica, sino que tambien se ha llegado á domar algunos hasta el punto de poder ir montado en ellos como en un caballo, lo cual tampoco es invencion moderna, pues el tirano Firmio, que reinaba en Egipto hácia fines del siglo III, se hacia llevar, segun dicen, por grandes avestruces. El inglés Moore dice que hallándose en Africa, vió en Joar á un hombre que viajaba sobre una de estas aves. Vallisnieri habla de cierto jóven que se habia presentado en Venecia montado encima de un avestruz, con el cual daba varias vueltas delante del populacho; y por último, Adanson vió dos avestruces todavía muy jóvenes en la factoría de Podor, el mas robusto de los cuales aventajaba en su veloz carrera al mejor caballo inglés, sin embargo de que llevaba dos negros encima. Así pues, de todo lo referido se puede inferir que estos animales son de condicion testaruda, bien que susceptibles por otra parte de cierto grado de domesticidad; y que si llegan hasta dejarse conducir en manadas, volver al redil, y sufrir aun que se vaya montado en ellos, es sin embargo difícil y tal vez imposible reducirles

á obedecer á la mano del ginete, á escuchar su voz, penetrar su intencion, y someterse á ella. Por la relacion misma de Adanson vemos que el avestruz de Podor no se alejó mucho, pero sí que dió varias veces la vuelta al rededor del pueblo, y que solo pudo detenerse obstruyéndole el paso. Dócil hasta cierto punto por estupidez, parece de duro natural mirado á fondo; y sin duda debe de ser así, cuando el árabe, que domó el caballo y subyugó el camello, no pudo todavía dominar enteramente el avestruz: sin embargo, hasta que así se consiga no se podrá sacar ningun partido de su velocidad y de sus fuerzas, por quanto la pujanza de un criado indócil se vuelve casi siempre contra su amo.

Por lo demás, aunque los avestruces corran con mucha mayor celeridad que el caballo, con todo se les da caza á caballo, y aun se consigue cogerlos, valiéndose de alguna industria. Los Arabes les van á la zaga sin perderlos de vista y sin acosarlos demasiado, procurando sobre todo traerlos desasosegados hasta cierto punto, á fin de que no tengan lugar de tomar alimento, pero dándoles algunas bien que breves treguas, para no ponerlos en urgente necesidad de salvarse con pronta y velocísima carrera; y esto es tanto mas fácil, quanto que no suelen correr aquellas aves en linea recta, antes por lo contrario des-

criben casi siempre en su huida un círculo mas ó menos dilatado: así que los cazadores árabes pueden dirigir su marcha sobre un círculo concéntrico menor y mas estrecho, y seguirles por consiguiente á proporcionada distancia haciendo mucho menos camino. Despues de haberlos fatigado é impedido saciar el hambre durante uno ó dos dias, aprovechan un momento favorable, se precipitan sobre ellos como un rayo, dirigiéndolos en lo posible contra el viento, y los matan á palos á fin de que con la sangre no se eche á perder la delicada blancura de sus plumas.

Dicese que cuando el avestruz se ve perdido y sin recurso para poder escapar ya del cazador, esconde entonces su cabeza creyendo que con esto no le ven; pero podria ser muy bien que lo absurdo de idea semejante recayese por lo contrario sobre aquellos que quisieron interpretar su accion, y que el avestruz solo tuviese la mira, al esconderla, de poner á salvo por lo menos aquella parte cuya conservación es de la primera necesidad, al paso que conoce tambien ser la mas débil.

Los estrutófagos se valian de otros ardidés para coger estos animales. Metidos dentro de una piel de avestruz alzaban el pescuezo con los brazos, procurando remedar sus movimientos, de suerte, que acercándoseles sin infundirles re-

celo podian sorprenderles con la mayor facilidad, bien así como los salvajes de América se disfrazan en figura de corzos para cogerlos á su placer.

Tambien se ha hecho esta caza con perros y con redes; pero como por lo comun se suele hacer á caballo, he aquí lo que basta en nuestro concepto para esplicar la antipatía que se creyó haber observado entre el caballo y el avestruz.

Este animal despliega sus alas al tiempo de correr, no menos que las grandes plumas de la cola, no con el objeto de adquirir mayor velocidad por su medio, segun tenemos dicho, sino por el natural efecto de correlacion entre los músculos, y de la misma suerte que agita el hombre sus brazos en la carrera, ó bien al modo que endereza un elefante y estiende sus enormes orejas al volverse contra el cazador: y la prueba mas palpable de que no las levanta para acelerar su movimiento es que lo practica de igual suerte cuando corre en direccion opuesta á los vientos, en cuyo caso no pueden servirle sino de estorbo. La velocidad del animal no es otra cosa que el efecto de su fuerza empleada contra su peso, y como el avestruz es muy pesado, y al propio tiempo muy veloz en la carrera, síguese de ahí que sus fuerzas deben sin duda ser extraordinarias; pero á pesar de esto, conserva siempre las inocentes costumbres de